FL 03 75

Lengua y literatura griega 1, guión número 5, Sófocles, guión didáctico Pedro Bádenas de la Peña y José María Lucas de Dios. Sófocles llena por sí solo las mejores horas de la tragedia griega, situado entre Esquilo y Eurípides, sirve de puente y enlace entre ambos a la vez que condensa las grandes virtudes de los dos. Toma del primero esa grandiosidad de pensamiento que le hizo inmortal y se baja hasta la humanidad del segundo en el estudio psicológico de sus personajes.

Sófocles es el más representativo de los autores trágicos, tanto por las innovaciones que introduce como por los temas que aborda y el arte que imprime a su teatro. Sus piezas constituyen una creación clásica por excelencia, en ellas da la acción un desarrollo técnico más amplio que logrado por Esquilo. Realiza un profundo análisis psicológico de sus personajes y combina ambos elementos en una dramatización más perfecta, resaltada por un lenguaje sobrio y la eficacia en el manejo de los coros.

Su temática oscila entre los temas de interés general que afectan a los humanos y el dolor de sus héroes que se derrumban tras un triunfo aparente. Todo ello está contemplado desde una perspectiva religiosa y logra siempre una fusión perfecta entre dramatismo y pensamiento. Da nuevo vigor al tratamiento de los problemas de la colectividad.

Él es un hombre de su tiempo, está inmerso en un ambiente racionalista y por esto tanto su arte como su pensamiento son plenamente conscientes. Su producción se comprende tan sólo dentro de la democracia en que vive. Los ideales heroicos quedan refutados y al tirano se le exige que escuche a quienes se le oponen.

Veámoslo plasmado en el diálogo entre Creonte y Hemón en su obra Antígona. Para el hombre, por sabio que sea, no es de sonra alguna el aprender más y más y el no obstinarse demasiado. En las corrientes de las torrenteras ves cómo conservan su rama los árboles que ceden y cómo son arrancados de raíz los que resisten.

Lo mismo, quien no afloja los cabos de la vela acaba navegando con la quilla boca arriba tras hacer zozobrar la nave. Apacigua tu cólera y consiente en cambiar, Creonte. Hermoso es aprender de quienes hablan con prudencia.

A mis años voy a recibir lecciones de cordura de un mozalbete como tú. Nada hay en ellas que sea injusto y si soy joven no conviene atender más a los años que a las acciones. Es una buena acción acaso tener clemencia con los sediciosos.

No te exhortaría yo a tener escrúpulos de conciencia con los malvados. No está Antígona infectada de semejante peste. No lo cree así la muchedumbre de sus conciudadanos de Tebas.

Nos va a decir la ciudad lo que debemos ordenar. Ves cómo hablas de esto como un hombre joven. ¿Para quién sino para mí mismo debo gobernar esta tierra? No hay ciudad que sea de un

solo hombre.

No se considera que la ciudad es de quien tiene el poder. Bien ibas a mandar en una ciudad desierta. Canalla, entras en litigio con tu padre.

Porque veo que estás errando en contra del derecho. Estoy errando al velar por el prestigio de mi autoridad. Desde luego no velas por su prestigio al pisotear los honores de los dioses.

En la Antígona es quizá donde se aborda más claramente el castigo del culpable, el castigo de la heroína por atreverse a transgredir la prohibición del tirano, y el castigo del propio Creonte, que queda en la más absoluta soledad al imponer sus dictados. No se entendería bien el valor de una obra como Antígona si sólo se viera una reprobación del poder absoluto. Creonte trata de hacer ver la necesidad de nuevas normas.

Él representa una nueva concepción de la religiosidad tradicional, que racionaliza, supeditándola al bien común representado por el Estado, al que confunde con su persona. Este es su error. Escuchémosle.

Señores, de nuevo los dioses han restablecido la situación en la ciudad, en su recto punto con firmeza, tras haberla sacudido con ingente embate. Yo jamás me callaría si viera avecinarse la ruina para los ciudadanos, en lugar de su salvación. Ni tampoco podría acoger en mi amistad a un enemigo de mi tierra, porque sé que es ésta quien nos salva, y que cuando sobre ella navegamos con rumbo seguro, hacemos los amigos.

Tales son las normas con que yo acrescentaré la prosperidad de esta ciudad. Estas palabras justifican para él su actitud frente al cadáver del que pereció luchando contra su patria. Encontramos una figura análoga en la del gobernante que aparece en el Edipo Rey.

Edipo se muestra en su mayor gloria y popularidad. Su autosuficiencia por haber librado a Tebas de la esfinge le enorgullece en demasía. Cuando descubra, animado precisamente de su eficiencia, quién es el culpable de los males de la ciudad, vendrá su caída.

El culpable será él mismo. El sacerdote le exhorta. Ea, el mejor de los mortales, acergirse de nuevo a esta ciudad.

Cuídate de su fama, porque esta tierra te llama ahora su libertador por tu celo de antaño. Antes nos diste la salud con un agüero favorable. Sé igual ahora con nosotros, que si has de reinar sobre esta tierra de la que ahora eres señor, más bello es serlo estando poblada que desierta, pues nada es ni una ciudad fuerte, ni una nave, sin los hombres que la ocupan.

Y Edipo, complacido, le responde. Voy a aclararlo todo desde el comienzo mismo. Ningún recurso he de dejar, o seremos dichosos con ayuda del dios, o caeremos.

Así dice Edipo, confiado en su buena fe, sin saber aún que esas palabras van a volverse en contra suya. El elemento importantísimo del arte de Sófocles es la matización de caracteres.

Profundiza en el conocimiento de la naturaleza humana a través de un estudio individual de las situaciones y de las personas.

El resultado es, generalmente, una soledad radical del hombre. Soledad dolorosa, producto de su propia naturaleza, independiente del acierto o del fracaso, de lo justo o de lo injusto. En muchas ocasiones, sus héroes no son en realidad culpables.

La vida es cruel y quienes la viven sobrellevan hasta el final sus consecuencias. Soledad y firmeza se entremezclan en el diálogo entre Antígona e Ismene. Mira si has de esforzarte y trabajar conmigo.

¿En qué aventura? ¿Qué es lo que estás pensando? Si al muerto levantarás con ayuda de estos brazos. ¿Acaso piensas enterrarle, estando prohibido a la ciudad? Mi hermano es, y el tuyo, aunque tú no quieras. No se dirá de fijo que yo le traiciono.

Oh desdichada, a pesar de que Creonte se opone. Ningún derecho tiene a separarme de los míos. Sola está también Electra, incomprendida por su hermana y sin orestes, para vengar la muerte de su padre.

Oh morada de Hades y Perséfone, oh erme subterráneo y augusta maldición, y venerables Erinys, hijas de los dioses, que miráis a los muertos en justicia y a los engañados en sus lechos. Venid, ayudadme, vengad la muerte de nuestro padre y enviadme a mi hermano, pues sola ya no puedo nivelar la carga de dolor que enfrente pesa. Cuando Edipo comprende que él ha sido el instrumento involuntario de hechos tan horribles, únicamente le resta afrontar sólo la desgracia.

La oscuridad en que queda tras cegarse por haber visto tantos crímenes, es el mejor símbolo de la soledad de su dolor. Dolor por mí, todo está claro. Oh luz, esta es la última vez que quiero verte, pues que todos han visto que he nacido de los que no debía y que he matado a quienes no debía.

Sólo parte Edipo al destierro que él mismo pide para expiar su culpa. El dramatismo de Sófocles en la escena en que Edipo, ciego ya, se despide de sus hijas, es sin duda el momento más humano y doloroso de la soledad de un hombre en toda la tragedia. No las iguales a mi miseria, compadécete de ellas, creonte, al verlas aún niñas, sin ayuda de nadie salvo tú.

Así clama Edipo, mientras se resiste a soltarlas de su mano. Por último, la función de los coros a la hora de crear tensión dramática es muy importante, aunque no alcancen en Sófocles el papel decisivo que ocupan en la obra de esquilo. A veces se refiere al poder e ingenio del héroe, aplicándolo al ser humano como en el estásimo primero de Antígona.

Muchos portentos hay, pero nada es más portentoso que el hombre. Lenguaje, aéreo pensamiento tan raudo como el viento. Civilizar a disposición aprendió.

Con su capacidad de inventar artes, a veces al mal, otras al bien, se dirigen. O describe con

realismo la ruina de Tebas ante la peste. La ciudad muere en número infinito, propagando la peste, y hacen sus hijos en el suelo sin piedad, y las viudas y las madres con sus canas lloran ante los altares por doquier, suplicando en sus dolores.

La desesperación de Mon por no poder celebrar su boda con Antígona, y el dolor de ésta por haber cumplido con los deberes ancestrales de rendir amor a su hermano proscrito, se plasman también en el canto del coro. Amor, invencible en la batalla, nadie de ti escapar puede, ni entre los inmortales, ni entre los hombres, criaturas efímeras, y quien te posee, enloquece.